

Amor de madre

Saúl Piemontesi

Saúl Piemontesi



A m o r d e m a d r e

Capítulo 1

Amor de madre

La reja negra y antigua que bordeaba el cementerio se extendía gloriosa e imponente sobre la loma que vigilaba el pueblo y recibía al sol cada mañana. Con los últimos resplandores rojizos escondiéndose temerosos a la distancia esa tarde de julio, el anciano cuidador puso cadena y candado al portón, se santiguó con solemne sentimiento y emprendió el camino conocido entre las tumbas hacia su pequeña habitación bajo el olmo grande. Sus pasos firmes, lentos y seguros mostraban una tranquilidad y paz de espíritu que armonizaban con el ambiente. Su corazón, sin embargo, se inundaba con el eterno temor de las almas simples hacia los sonidos de la noche. Después de todo, el hombre vivía en el jardín de entrada al mundo de los muertos. No es poca cosa para un hombre solo y en el ocaso de una vida amarga convivir con tantas imágenes de su propio futuro.

Avanzaba deseando buenas noches a montículos de tierra, apoyaba su mano grande y ajada sobre placas de mármol y granito acariciando su fría suavidad y giraba su cabeza ante cada susurro de tenues ráfagas entre las copas de los árboles.

Pasó junto a un par de tumbas gemelas y observó los ramilletes pulcramente acomodadas sobre ambas -Buenas noches, señor Carranza, señora...Leo vino esta mañana y les dejó flores amarillas. Son muy bonitas. Es un buen chico- murmuró y siguió camino.

-Hasta mañana, Don Alonso-dijo al pasar junto a una cruz de madera vieja y atada con alambres-se está levantando viento y se pone frío. No hay luna, casi. Usted me diría que esta noche mejor quedarse junto al fuego y cerrar puertas y ventanas, ¿Cierto? Pero no por el frío... Bueno, le voy a hacer caso.

Saludó y se despidió de todos en su camino y pudo imaginar en su mente enérgica pero cansada las respuestas de cada uno. Como ocurría cada día el camino se hizo lento al comienzo hasta que llegó a las puertas de la cripta Lahonde, la última casa del pobre niño Danilo. El menor de tres hermanos se había ahogado hacía ya cuatro años ante un descuido de su padre un día de excursión junto al lago el último domingo de enero. Su madre no estaba en el pueblo ese día y la noticia le llegó de boca de su padre, que la fue a buscar a la ciudad. La mujer volvió a la casa y caminó despacio esquivando una multitud que se agolpaba en el jardín y atestaba pasillos y habitaciones. De pie frente al pequeño féretro (El cuidador había estado esa tarde en casa de los Lahonde, por supuesto, y jamás podría sacarse de la mente la imagen del cajón, tan ridículamente pequeño, tan insensatamente real) la mujer no lloró. Ni siquiera emitió un sollozo. Sus

ojos negros, inmensamente abiertos y perdidos en un punto sin retorno más allá de la locura, se volvieron ventanas hacia un dolor que no encontraba entendimiento o reacción. Allí permaneció Alba de Lahonde, aun joven y hermosa, toda la tarde y la noche hasta el amanecer, sin moverse del lado de su hijo, sin hablar, sin cerrar los ojos, sin casi respirar, germinando una semilla de odio que se hizo flor de sangre cuando el sol volvió a asomarse. Su esposo no paraba de llorar en la habitación contigua, amparado torpemente en abrazos amigos y palabras de inútil carga espiritual. Muchas personas había aun ese funesto amanecer en casa de Gregorio Lahonde, pero sólo tres vieron lo que pasó cuando Alba entró en esa habitación. El cuidador era una de ellas.

La mujer fue hacia su marido con pasos lentos, entonando con la tela de su vestido una nueva marcha fúnebre. El cuidador descubrió el brillo fatal en esos ojos de espejo sólo un segundo antes de que la plata del cuchillo se hundiera en el pecho de Gregorio hasta la empuñadura. La misma hoja brillante vestida de rojo fresco abrió de lado a lado la garganta de la mujer, que había decidido en una sola madrugada no vivir con el dolor.

-Buenas noches, querido Danilo-dijo el cuidador al salir del sopor de los recuerdos- En cinco minutos va a ser tu cumpleaños. Ocho años habrían sido, ¿No? Te traje un regalo-dijo, con una sonrisa sincera y triste mientras habría la solapa de su grueso sobretodo- Son las flores más lindas del río. Lirios púrpura. Mirá qué bonitos. Acá te las dejo. Feliz cumpleaños- Soltó una lágrima y la secó con el dorso de la mano. Sabía que el muchachito no estaba solo tras las pesadas puertas de la cripta. Hizo un leve saludo con la cabeza y se despidió:-Señor Lahonde, señora... que tengan paz. Buenas noches.

La luna se había escondido cuando cerró la puerta de su choza, prendió su farol de noche, comenzó un fuego en la hoguera y se sentó en el sillón con una manzana y una pequeña botella de licor. El viento soplaba ya con fuerza y las ramas más bajas del olmo golpeaban el techo y le hablaban al oído. Como todas las noches terminó su minúscula cena, apagó el farol, quitó algo de leños al fuego y se asomó a la ventana para dar un último vistazo al camposanto. Una silueta furtiva de hombre saltaba la reja por el lado norte y se internaba lentamente en el terreno oscuro e irregular entre las tumbas. El cuidador pensó en salir a espantarlo hasta que un intermitente resplandor de luz de luna descubrió en esa figura a un vagabundo inofensivo y bien conocido que llevaba en su mano una manta vieja y sucia y seguramente buscaba refugio de la naciente tormenta contra las paredes de las criptas. *-Bah-* pensó el cuidador *- ¿Qué razón hay para echarlo? Pobre hombre-* y se fue a dormir.

El linyera encontró tierra blanda y una pared que lo protegería del viento junto a la cripta Lahonde. Se recostó y cubrió con la manta lo mejor que pudo. Cerró los ojos y su respiración se confundió con el viento mientras

llegaba el sueño.

El vagabundo abrió los ojos cuando escuchó su nombre entre sueños. Una bella mujer, de tez pálida y larga cabellera negra como la misma noche estaba de rodillas a su lado y lo miraba fijamente. La tela de su vestido blanco se mezclaba con los pliegues de la manta. Tenía los ojos bien abiertos y en la oscuridad de esas pupilas se retorció la mismísima demencia. Una herida vieja y ocre cruzaba su cuello de lado a lado. El hombre la reconoció de inmediato y su corazón comenzó a quejarse. La garganta pareció cerrársele y el cuerpo entero caer en la más absurda parálisis. La cabeza parecía estar por estallarle y no pudo evitar orinarse. Sus ojos se nublaron y la presión en su pecho aumentó cuando la mujer acercó su rostro al suyo, ladeando la cabeza para mirarlo de frente. El corazón se detuvo por completo cuando una mano fría, poderosa y de uñas largas y afiladas le quebró el cuello. La dama sonrió complacida y se puso de pie. Estiró su brazo a un lado y llamó con voz suave, mirando hacia la curva que llevaba a la entrada de la cripta:

-Danilo. Dani, bebé. Hora de comer.